

entorno a figuras y personalidades muy concretas del carlismo provincial. No olvida, sin embargo, otros archivos clásicos para el estudio del tema, además de la bibliografía de referencia, bien actualizada (Martorell, Miralles, Peñalba, Ugarte...), que confieren quizá un mayor peso argumental al trabajo. Las referencias a la prensa de las décadas de los cuarenta y cincuenta son también nutridas, haciendo especial hincapié en todas aquellas que, como *Boina Roja*, *La Unión*, *El Tradicionalista* o el boletín

Tiempos Críticos. Monarquía Popular, fueron objeto de marginación y censura por parte del aparato franquista. En este sentido, la obra omite bibliografía específica que ha estudiado las publicaciones carlistas propias y que podrían haberle conferido una perspectiva más global respecto al potencial de los periódicos carlistas en los orígenes de la Guerra Civil. Incluye, además, un siempre práctico índice onomástico.

CRISTINA BARREIRO

Matilde EIROA, **Espanoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano y comunista en la Europa socialista**, Madrid: Marcial Pons Historia, 2018, 255 p., ISBN: 978-84-16662-28-9

La profesora Matilde Eiroa se ha especializado, como historiadora, en diferentes aspectos de la guerra civil española y del franquismo en el contexto europeo. Entre ellos se cuentan la venida a España de brigadistas procedentes de países del Este, los campos de prisioneros de guerra, las actividades de la oposición desde el exilio—con énfasis en sus tareas de comunicación y propaganda— o las relaciones del gobierno de Franco con los regímenes comunistas durante la Guerra Fría. Lógicamente, el libro que ahora comentamos está relacionado con esos mismos motivos y se apoya, sin perjuicio de una respetable cantidad de investigación novedosa, en trabajos anteriores de la autora.

Sin retórica innecesaria, las páginas dedicadas a introducir el libro cumplen paladinamente lo que se espera

de ellas: una caracterización en sus dimensiones conceptual y cuantitativa del exilio, la descripción del marco histórico en el que sitúa su tema y oportunas referencias a las fuentes de información consultadas.

La obra está organizada en dos grandes capítulos, en torno a las dos etapas cronológicas que se corresponden, respectivamente, con la estancia de los diplomáticos republicanos en las capitales del Este (1946-1949) y con el asentamiento de los comunistas españoles en esos países, especialmente a partir de su expulsión de Francia en 1950 de resultas de la “Operación Bolero-Paprika” (un nombre que lo dice todo), orquestada por el gobierno francés para deshacerse de extranjeros políticamente indeseables.

Ambos capítulos tienen en común la naturaleza del tema, es decir, la pre-

sencia de esos “españoles tras el telón de acero”, pero con un diferente peso en el libro. Por las circunstancias históricas del momento, es más sobrio y breve el primero, más extenso y quizás más sustancioso el segundo. Y se entiende. Antes de que se formalizara la Guerra Fría el gobierno republicano en el exilio necesitaba, por razones de índole estratégica, una presencia diplomática efectiva en esas capitales. Urgía, en efecto, ampliar y consolidar el reconocimiento de la legalidad de la República y la condena al franquismo en el ámbito de la ONU, de cara a su derrocamiento. Pero después, ya a las alturas de 1950, las cosas habían entrado en vía muerta como consecuencia de los planteamientos globales de la política internacional, esto es, la identificación de la causa republicana con las democracias populares, lo que en ese ambiente de polarización creciente —advierte la autora— demostró ser un arma de doble filo. También influyó en este desenlace el cisma titoista y la propia división entre los partidos del exilio, especialmente a partir de la salida de los comunistas del gobierno del socialista Claudín en 1947. Así pues, tras esbozar el planteamiento global, se pasa revista a los casos particulares de Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, en los que el relato discurre por las actuaciones, a veces más bien simbólicas y teñidas de voluntarismo, de lo que hoy llamaríamos diplomacia pública de los representantes republicanos. Otros motivos argumentales en este

capítulo son los buenos oficios de los exbrigadistas, las relaciones con el gobierno anfitrión y con otras legaciones extranjeras, el perfil equívoco de algunos españoles —gente más bien siniestra y de honradez personal dudosa—, la simpatía de la opinión pública local, o las crecientes dificultades económicas, que terminaron provocando la clausura o el desuso de las sedes diplomáticas republicanas. Hay también fugaces referencias a los sefardíes residentes en estos países, y al discreto comercio de sus regímenes con el de la España franquista. En semejante escenario, “la Guerra Fría —concluye Matilde Eiroa— no era lugar para los republicanos” (p. 70).

Una estructura análoga se utiliza en el segundo capítulo, centrado, tras un relato descriptivo de alcance general, en la estancia de comunistas españoles acogidos en cada uno de los países del Este. A diferencia de otros destinos como Francia, México y Sudamérica en general, cuyo exilio ha sido más estudiado por los historiadores, aquí, explica, “se trata de un éxodo minoritario de carácter eminentemente político, más tardío y procedente, sobre todo, de Francia, que se instaló en los países de Europa Central y Oriental tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría” (p. 15). Acostumbrados, como estamos algunos, a una imagen de la república francesa abanderando las libertades a la manera de Delacroix, cuesta asimilar la idea de que la decisión de los comunistas “se debió a la necesidad

del traslado con motivo del peligro que acechaba a sus vidas en Francia” (*ibidem*). Acaso, en beneficio de los lectores ingenuos o profanos sobre el tema, hubiera sido aconsejable sobrebundar con más amplia información o argumentación en este punto, que, por lo demás, se contextualiza muy adecuadamente.

Se analiza por tanto la presencia de estos españoles en Polonia, Checoslovaquia (“el epicentro de la emigración comunista”), Yugoslavia, la RDA, Hungría, Bulgaria y Rumanía. Queda fuera de este esquema la URSS, pero eso se entiende porque, según nos explica la autora, se trataba de un mundo aparte, nada asimilable a los Satélites y de difícil encaje argumental con el resto de la historia.

Es un relato lúcido que, por analogía, presenta alguna reminiscencia del artículo “El emigrado” de Eugenio de Ochoa, donde este bosqueja en tono costumbrista la realidad cotidiana, las iniciativas profesionales y las esperanzas de los españoles huidos a Francia a mediados del siglo XIX. Como observó José F. Montesinos a este propósito, “sus palabras pueden aplicarse a los tiempos de que hablamos” (*Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, 1982: 52). Aunque —obviamente— Montesinos no se estaba refiriendo a los comunistas, debía saber lo que decía, puesto que él mismo fue un exiliado. Y es que, a causa de la lógica que rige el fenómeno de la emigración política —recurrente en la historia contemporánea de España— lo que él corrobora

sobre el artículo de Ochoa parece ser también válido para el exilio de los comunistas españoles en el Este de Europa.

En este libro no se habla de “Dolores” ni de Carrillo más que de forma tangencial. No es tampoco una historia de las maquinaciones políticas tramadas por esos exiliados (la elite comunista, por otra parte), que no parece que las hubiera. Más bien, se analiza el exilio en términos numéricos y, sobre todo, de historia social y cultural, aunque el entramado político sea ineludible. La pauta o esquema reconocible discurre típicamente por las circunstancias particulares en la llegada al país anfitrión, el perfil cuantitativo y sociológico de la colonia (sexo, edad, formación, antecedentes), sus problemas de adaptación, las nuevas actividades profesionales asumidas (a destacar, la locución, traducción y periodismo), la convivencia entre los miembros del grupo, su organización y los vínculos con el Partido (¡con mayúscula!), las reacciones ante la nueva percepción que obtenían de la Unión Soviética, de la ofensiva estalinista frente a Tito y de las purgas contra los brigadistas que habían combatido en España... Una brevísima muestra del tono general de la exposición: “El colectivo completo o el club también se reunían para realizar actividades lúdicas, como fiestas infantiles, la celebración de la Nochevieja o de conciertos, la proyección de cine, etc. Y actividades político-conmemorativas como el cumpleaños de Dolores Ibárruri,

Stalin o el aniversario de la muerte de Lenin” (p. 92-93). Importante también es el apartado sobre medios de comunicación y cultura, en el que se dedica mucha atención a la “estrella mediática”, Radio Pirenaica. A decir verdad, estos españoles, generosamente acogidos en las democracias populares, eran pocos y no siempre bien avenidos. Al disiparse la ilusión en una rápida caída del franquismo y del regreso a la Península, vino la frustración y sólo quedó una existencia gris, la lucha cuesta arriba con la vida cotidiana en ambientes exóticos y a veces –inevitablemente– sórdidos, bajo la supervisión opresiva del Partido, lo que quizás terminó provocando más rechazo que lealtad. No hubo ahí mucha épica y tampoco un final feliz para la mayoría de estas familias españolas.

Sería pretencioso tratar de agotar en este comentario los puntos de interés que contiene el libro de Eiroa. Señalaré únicamente que era importante averiguar el destino final de quienes habían sido protagonistas de un capítulo crucial en nuestra historia. Es verdad que los comunistas españoles de los años setenta no fueron epígonos de los huidos en 1939, pero posiblemente no se entendería del todo el perfil y la actuación del moderno PCE en la Transición a la democracia en España sin despejar esa incógnita, la peripecia de los viejos militantes durante el exilio.

Podríamos considerar a este libro como exponente de una forma novedosa y muy actual de hacer historia de

calidad, por lo menos en lo que se refiere a su proceso de documentación, que hubiera sido extremadamente problemático –si no imposible– no hace muchos años. No cabe duda de que la perspectiva plurinacional del tema ha requerido un esfuerzo más que considerable de coordinación con colegas y grupos de investigación en diferentes lugares del extranjero, múltiples desplazamientos, el acceso a diferentes archivos antes clasificados, la superación de barreras idiomáticas y, en general, de otras dificultades entre las que la financiación no ha debido ser la menor. Como resultado, ha sido posible conocer la información contenida en documentos procedentes de archivos estatales y de partidos y movimientos políticos en España y en los países del Este, así como memorias escritas y testimonios orales de protagonistas del exilio de los que, con acierto, se reproducen algunos como anexos. Por su originalidad, hay que mencionar las autobiografías o confesiones auto-críticas que redactaban los miembros del Partido por mandato de sus dirigentes. Quizás su valor informativo sea cuestionable, puesto que su finalidad era autoincriminatoria (y eso todo el mundo lo sabía), pero semejante práctica tuvo consecuencias nefastas para algunos militantes, condenados a la expulsión y el ostracismo por sus mismos compañeros. Fue el caso, señaladamente, del antiguo ministro de Agricultura Vicente Uribe, defenestrado en una sesión del Buró Político que tuvo lugar en Bucarest en 1956. De acuerdo con el testimonio de Concha

Vela Inciarte, hija del aviador republicano (y luego periodista deportivo en el *Marca*) José Vela Díaz, “en los archivos del Partido hay mucha documentación sobre los juicios autocríticos a los que fueron sometidos en Checoslovaquia. Leer eso ahora pone los pelos de punta” (p. 231).

Todo ese fundamento documental se manifiesta en el aparato crítico que acompaña discretamente al texto principal, pero sin imponerse. Las notas –de referencia, aclaratorias– son sobrias y las necesarias, sin erudición artificiosa, lo que está en consonancia con una prosa directa y clara, rica en contenido, en la que predominan los periodos narrativos y explicativos sobre las argumentaciones y la polémica historiográfica acerca de cuestiones disputadas, por así llamarlas. El tema de estudio es objeto en todo momento de un tratamiento ponderado y sin prejuicios, en el que si acaso, puede advertirse trazas de una razonable em-

patía con la suerte de esos españoles forzados al exilio, y de las familias que les acompañaron. En suma, un libro denso, pero ágil e interesante, que se lee muy bien. Seguramente tenía razón Ángel Bahamonde al subrayar, en el acto de presentación el pasado 15 de marzo, la capacidad de “saber difundir”, una de las cosas –decía– en las suelen fallar los historiadores profesionales.

Bellamente editado, el libro cuenta con un sólido apartado de fuentes y bibliografía, abreviaturas (muy necesario en este caso), anexos (relaciones de residentes y los ya mencionados testimonios, que complementan muy eficazmente la investigación, al aportar otro enfoque, más personal y humano), índice onomástico y un pequeño conjunto de fotografías inéditas, con gran valor documental para la historia del asunto tratado.

MANUEL MORÁN ORTÍ

Stanley G. PAYNE, **En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas**, Barcelona: Espasa, 2017, 311 p., ISBN: 9788467050592

Posiblemente a muchos de los lectores les parecería una petulancia presentar al autor de la obra que aquí se reseña. Stanley Payne no sólo es uno de los hispanistas extranjeros más conocidos, si no el que más, dentro y fuera de nuestras fronteras, sino que probablemente sea en este momento, junto con el francés Joseph Pérez, quien presenta una posición más rigurosa y ecuaníme respecto a la historia y al presente de nuestro país.

Pero sí quiero resaltar que la obra de Payne no es solo magnífica en lo que respecta a nuestra patria, de la que es máxima autoridad en lo concerniente a nuestro siglo XX, sino también lo es para el conjunto de la historia occidental del periodo de entreguerras y la inmediata postguerra de la II Guerra Mundial; sus estudios *El Fascismo* y *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, ocupan un puesto preeminente